



MONSEÑOR CLEARCO MEONIO

Con los serenos ojos á la Belleza abiertos
y en los labios un trino de pájaro cantor,
cruza el Señor Obispo por sus natales huertos;
su báculo es un tallo suspenso de una flor.

Ostenta sus vitrales de cármenes cubiertos,
en su breviario minia las rosas del Señor,
y sobre las cenizas de los volcanes muertos
enciende las auroras divinas de esplendor.

Cuando el Arcade misa, beatas primaveras
llenan de aromas puras las áureas vinajeras;
y en tanto que bendice la campesina paz

y la amatista fulge sobre el redil, bucólico
del facistol se eleva profundo, melancólico
y dulce, un canto como de paloma torcaz.

RAFAEL LÓPEZ.



ALMA HELENA

El sol poniente doraba con suave resplandor de viejas tripodes votivas las costas áticas, besadas con un beso azul por el mar sagrado de las islas. Un creciente de luna, corvo y afilado como un cuchillo oriental, surgía de aquella inmensidad celeste como una profecía de luz y de sangre.

El viento céfiro movía con sonos eolios las copas de los cipreses. Un laurel del Pindo señalaba de lejos al devoto la entrada de la gruta: y por el tronco del laurel trepaba, enroscándose, el ámpelos prodigioso, la sacra vid consagrada á las ninfas.

Salía de la gruta el agua clara y virginal por la ronca garganta de un sátiro de piedra, y así la barba cabría del honrado sátiro se bañaba, á la luz de la serena tarde, en gotas azules, en gotas de oro, en gotas de púrpura.

Delante del templo, y en medio de los cipreses, abría su ancho cuenco de bronce la pila de trescientos cántaros, ofrenda de los Thesalios á Juno, esculpida al gusto lacedemonio con una furiosa danza de faunos y de animales.

Y fué en aquel lugar deleitoso y en aquella serena tarde cuando Theodoro de

Mileto habló á sus jóvenes amigos Adrasto y Almeón, áticos entrambos.

He aquí, oh amigos, que flotará sobre los siglos esta suave alegría del alma helena. Hemos hecho de un mundo áspero é inhabitable de la mansión común de los dioses de los hombres y de las cosas, animados de un soplo inmortal. Hemos llegado á esa sincera unidad, en la que todo es humano y comprensible: los peñascos y los árboles tienen alma; nosotros tenemos algo de árboles y de peñascos; los dioses tienen debilidades y pasiones. Y esta comunidad tolerante y perpetua, hemos encaminado amablemente nuestra vida á un fin, que es la Belleza, madre de Apolo.

Ellos nos dieron el alto sentido de la Poesía, que es la suma de todos los sentidos. Y al apoderarnos de la forma, nos apoderamos también del espíritu: así, que hemos venido á poseer el mundo. Ved lo que hicimos de nuestra propia carne: moldearla en la armonía, en la regularidad y en la expresión, dotes soberanas de la escultura. Ved lo que hicimos de nuestro entendimiento; aguzarlo, extenderlo, abrirlo en dos alas luminosas y divinas.

Perdonadme: mi espíritu jonio se muestra rendido á sus creadores: el fuego de Apolo, la grandeza del mar, la fluidez del aire, la claridad del agua que sale cantando de la tierra. No me habléis de Roma, la gran historiona triunfante: es un pueblo de jurisconsultos que quieren cantar en griego. ¿Conocéis algo que sea tan ridículo?

Esos pobres artistas del lacio que vienen á medir nuestras estatuas, nuestras columnas, nuestros frisos y nuestras aras, creen llevarse el sentido de la proporción en sus medidas. Hasta los gansos capitolinos abren sus toscos picos al dytirambo. Roma es un montón de advenedizos que piden prestados hasta los dioses. Un poco más, y esos Césares bestias vendrán á cantar de histriones en las ciudades áticas. Desconfiad, amigos, de los héroes que beben leche de loba.

A este lugar os conduje para hacer una invocación al espíritu heleno, contándoos el sacro misterio de esta gruta, propicia á la juventud:

Cierto pastor Meandro, que apacentaba sus cabras en los peñascos costeros, perecía de amor por la ninfa Chloe, habitadora de esta gruta. Sacrificábala sus mejores chotos, quemaba algas aromosas y semillas de ciprés, y labraba signos de ventura en sus cayados, que luego iba á colgar en ofrenda sencilla en lo interior del agreste templo. Lloraba Meandro la esquividad de Chloe y clamaba á voces su amor, siguiendo la grata cadencia de las olas.

Un viejo fauno que solía venir á beber en este manantial, compadeciéndose del pastorcillo, y una noche de luna se le acercó para hablarle: —¿Sabes quién soy?

—Eres el fauno que vive en el bosque donde está el templo de Diana, pero esta noche parece que tu barba blanca ha florecido con florecillas de luz. No sé qué será esto.

—Es que acabo de beber y me está dando la luna.

Y el fauno, jovial y paterno, se echó á reír, y el pastorcillo le acarició, como si toda la vida hubiesen estado juntos.

—Juzgo que es mucha necedad la tuya —dijo el fauno,— pues ni valen chotos ni aprovechan llantos con esta ninfa. Está visto que sólo la música le ablanda. Por eso todos los marineros y mercaderes de las islas que hacen estancia aquí para proveerse de agua, la dedican nácaros y caracolas y entonan himnos apacibles para que el viaje sea próspero. ¿No sabes tañer, ni soplar, ni pulsar ningún instrumento? Yo te daré uno tal y tan bueno, que con él atraerás á las ninfas y los delfines.

Fuése luego el fauno al bosque donde mora Pan, de quien era amigo y le pidió dos cálamos de su flauta. —Entonces la flauta del dios tenía nueve cálamos, número de las musas.— Pan no quería menguar los sagrados sonos; mas el viejo fauno le explicó que se trataba de un viejo pastorcillo que quería gozar de una ninfa, y el dios, bueno y amable, sonrióse lleno de gozo y ofreció su flauta entera.

Entre el amor y el fauno hicieron de Meandro un músico admirable. Chloe se rindió, y otras ninfas amigas llegaron á la gruta atraídas por el idilio. Un delfín —quizá el que condujo á Arión sobre su lomo de plata— venía todas las noches á oír la música del pastor. Cierta noche trajo en su boca un gran racimo de uvas de Cipro, chorreando espuma. El fauno dijo:

—Sembraremos este racimo delante de la gruta, donde yo sé que hay un héroe enterrado. Yo traeré un laurel del Pindo para que sostenga á la vid, y quedará la gruta consagrada. Soy viejo y pronto me iré; mas seguí gozando en memoria mía.

Andando el tiempo, los de Erithrea robaron esta fuente de bronce dedicada á Juno. Cayó sobre la ciudad un gran casti-

go en forma de peste, ruina y desolación. Estos jonios rapaces, ya arrepentidos, acudieron á Delfos para saber qué harían de la fuente que atrajo el mal y la vergüenza. La Pythia dijo: «Llevala bajo la vid que pagó á la música y matará á la Poesía.»

Declarado el punto, en lo que entonces podía declararse, trajeron esa hermosa pieza que veis, y á estas ninfas la dedicaron.

Un día llegó á este mismo sitio un soplo de Poesía humana y carnal. Anacreonte de Theos, coronado con una rama de ese laurel y alzando en su copa el jugo claro de estos racimos, cantó al vino y al amor. Fué una hora muy bella. La ninfa Eros le besó en la boca, y las ondas azules se abrieron como largos cálices para henchirse de luz y de cadencia.

Por mandato de estas ninfas, Chilón de Lesbos, aquí habitante, enviaba al poeta el mejor racimo de la vid sagrada. Así, el fruto de ambar que trajo un delfín en su boca para pagar á un músico, tornaba á las islas, para regalar el corazón de un poeta. Al fin, se supo que Anacreonte de Theos había muerto en su ciudad, ahogado por un grano de uva.

Quedó cumplido el oráculo.

—¡Ah, si yo fuese el pastor ó el poeta! —dijo Adrasto.— No estarían deshabitadas estas grutas, ni estas costas estarían desiertas bajo el temor de las velas latinas; ni los templos fueran saqueados, ni los bosques se despoblarían de dioses. . . . ¡Loba insaciable!

—Cierto que el mundo parece desgajarse en una convulsión de fuerza, de argucia y de bestialidad. Mas ya os dije que el alma helena ha de flotar sobre los siglos, porque la hicimos plena y armónica, apta para la fecundación. ¿No piensas así, Almeón amigo?

—Sí pienso. Pero ahora mi espíritu no es ático ni jonio, pues recuerda unas extrañas cosas oídas en el Areópago.

—¿Extrañas cosas en el Areópago? ¿Las oistes tú, Adrasto? Serán algunas vácuas noticias del César ó de sus Pretores.

—¡Ah, sí, ya recuerdo —dijo Adrasto. El otro día un bárbaro de Oriente pronunció un largo discurso en el Areópago. Dijo que el dolor y el sacrificio son la sustancia de la vida. . . .

—Todos los bárbaros son tristes.

—Nos contó que tiene un dios que murió encadenado como Prometeo, el cual resucitó al cabo de tres días, y que todos hemos de resucitar de igual modo, hasta los faunos y los centauros. Nunca oí fábula semejante.

—Conozco á todos los recitantes orientales —dijo Theodoro.— ¿Cómo se llama ese?

—Pablo de Tharsia.

—¿Pablo de Tharsia? No le conozco. Recita bien.

—Como un caracol del Istmo. Sin eufonía, sin cadencia, sin acento. . . . Construye como un etiope. Le volvimos las espaldas.

—Bien hicisteis. El trato con los bárbaros destruye. Cuán serena y alegre es nuestra tierra, regazo de los dioses; qué grande y libre nuestro mar; qué limpio nuestro cielo; qué puro nuestro aire; qué clara y virginal esta nuestra agua, que sale cantando de los senos terrestres.

.....
—Viejo Theodoro, tus ojos alumbran con fuego juvenil y tu barba blanca está floreciendo.

—¡Necio! Te diré como el fauno: es que acabo de beber y me está dando la luna.

JOSÉ NOGALES.



AURORAS ESPIRITUALES

En alguna mañana cristalina,
al salir de los fétidos burdeles,
yo he oído una clara golondrina
y aspirado un aroma de claveles.

Esta sensación dulce y matutina
me trajo al alma un buen dulzor de mieles.
. . . . Y en medio de la prosa libertina,
hubo un desbordamiento de rondeles. . . .

Golondrina cantando en la mañana,
debajo el pabellón del azul regio,
¿qué encanto de tu trino en mí dimana?

Encierras un oculto sortilegio,
que me hace recordarme de mi hermana
y de los bellos días del colegio. . . .

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.



IMPRESIONES LITERARIAS

AMADO NERVO

Buenos lectores amigos, voy á hablaros de este buen ginete que cabalga muy grácilmente sobre un *pegaso* de una extraña belleza, y que ha nacido en esa hermosa tierra mexicana, testigo un día del esfuerzo epopéyico de un hijo de nuestro rancio solar castellano. Las intensas emociones intelectivas que he experimentado al leer las páginas perilustres de dos libros suyos, me impulsan á volcar en estas pobres cuartillas, todo el caudal de mi admiración y de mi cariño hacia su personalidad gloriosa de poeta raro y exquisito, de prosador sabio y culto. Los volúmenes que aludo son sus últimas producciones: el de versos se rotula *Jardines interiores*, y el de prosas *Almas que pasan*: ambos títulos poseen la virtud, nada común por cierto, de expresar de un modo fiel cuantas visiones ha querido exteriorizar su autor en ellos; de ellos se puede decir lo que decía Théophile Gauthier, acerca del titular *Las Flores del Mal*, que

Charles Baudelaire dió á las composiciones que para siempre aureolaron su nombre: decía el autor citado que estos títulos felices son mucho más difíciles de encontrar de lo que el vulgo cree. Bajo una forma breve y poética, resumen la idea general, indicando su tendencia.

Creo inútil el decir que Nervo no es un necio parafraseador de ñoñerías y vulgaridades; su gran vigor cerebral, la delicadeza de su espíritu, lo profundo de su cultura hacen que sea, al par que un hábil tejedor de rimas, un hombre que piensa y que siente, cualidades nobilísimas que por desgracia andan algo alejadas de los poetas.

Son los versos de Nervo de una gracia melancólica, lunática, pletóricos de originalidad, doctos por su vibratilidad, de una dulce armonía: estas cualidades han hecho decir á un amigo mío, también poeta, que sus estrofas son como raudales escapados de un violín, todo dulzura.

Yo creo que Nervo es un hiperestésico; de ese refinamiento de su emotividad depende el sentimentalismo casi enfermizo que infunde á sus rimas; nadie como él sabe dar plasticidad á las quimeras que florecen en su intelecto de visionario; de ambas aseveraciones son muestra fiel las composiciones tituladas *Rondos Vagos* y *El metro de doce*, que forman parte de *Jardines interiores* (la segunda se encuentra también en *La Corte de los poetas*, Florilegio de rimas hispanas-americanas, coleccionadas por el poeta Carrere y editado por D. Gregorio Pueyo, librero de Madrid).

La composición *Rondos Vagos* es una de las más admirables poesías escritas en castellano; en ella lo broncíneo de nuestra habla sonora y magnífica, adquiere toda la languidez decadente, toda la sutilidad musical que el mago Verlaine derrochó en las poesías de *Fiestas galantes*, y de la cual me permito copiar la primera estrofa para solaz del que no pueda adquirir este bello libro:

¿Lo recuerdas? Una noche sin fulgores,
sin bellezas,—el espectro de la ausencia
consagraba con su mano— al dolor sin
esperanza nuestras pálidas cabezas;—vanas
eran nuestras luchas, todo vano, todo va-
no. . . .—En mi espíritu rebelde suspi-
raban las tristezas,—las tristezas suspiraban
en las cuerdas del piano.

En *El metro de doce*, poesía ella sola digna de un detallado estudio, da un ejemplo lujoso de lo bien que sabe vestir sus ideologías:

El metro de doce son cuatro donceles,
—donceles latinos de rítmica tropa,— son
cuatro hijos-dalgos con cuatro corceles,—
el metro de doce galopa, galopa. . . .

Eximia cuadriga de casco sonoro,—
que arranca al guijarro sus chispas de oro,
—caballos que en crines de seda se arro-
pan—ó al viento las tienden como pabello-

nes,—pegasos fantasmas, los cuatro bri-
dones—galopan, galopan, galopan, galo-
pan. . . .

**

Un joven cronista español, Julio Camba, ha dicho de este poeta unas frases que yo creo lo retratan tal como es psíquicamente; su pluma docta lo hará de modo mucho mejor que yo. «El poeta de *Místicas* es un terrible satánico. Y lo más curioso está en que sigue siendo místico. Amado Nervo es místico por añoranza sentimental y á despecho de su moralidad intelectual. Hace tiempo he contado la educación rigurosamente cristiana á que estuvo sometido en su juventud y el sedimento que esta educación había dejado en él. Vinieron después las correrías por el mundo, las copiosas lecturas demoledoras, y Nervo se transformó. Pero su espíritu permanece iluminado por la misma luz.»

**

Como prosador es también digno de mis aplausos. En *Almas que pasan* (Gregorio Pueyo, editor, Madrid), bellísima colección de prosas noveladas, se muestra poseedor de una fórmula noble, armoniosa, sobria; en ella están casados los estilos magníficos de Solís y de Maupassant, las tradiciones españolas y francesas se funden en una sola. Su adjetivar es sabio y parco; sus descripciones sintéticas; sus retratos morales y físicos, hechos en cuatro plumadas, atestiguan sus dotes de psicólogo.

Aunque casi todas las narraciones de *Almas que pasan* están hechas del natural, hay una, *La última revolución*, en la cual su distinguido autor deja correr la

imaginación por las regiones de la fantasía; sus conocimientos científicos le han permitido labrar esta bella página, por la cual vemos el mundo dentro de algunos millones de años y asistimos á la lucha del super-hombre contra las bestias, que quieren sacudir su yugo y ser ellos los dueños de la tierra. Este cuento es digno de ser comparado con las famosas *anticipaciones* de Heriberto Wells; en nada desmerece de ellas.

**

Antes de terminar esta nada aderezada crónica, diré al lector que Nervo prepara dos volúmenes de versos: uno será de oraciones líricas y se rotulará *Polifonario*, y el otro *En voz baja*, título elocuente, que me hace presentir sabrosas confidencias de una alma amiga de lo bello.

ANTONIO REV MOLINÉ.

(Dorio de Gades).

